



Villalta Luna, Alfonso: *Demonios de papel: diarios desde un archivo de la represión franquista*. Granada, Comares, 2022. 134 pp.

La escritora e investigadora mexicana Esther Cohen decía que “El archivo es un arma de doble filo” (Cohen, 2004). Se archiva para guardar memoria, pero ¿en cuántos casos el archivo no es una forma irremediable de olvido? Es la pregunta que nos plantea Alfonso Villalta en *Demonios de papel: diarios desde un archivo de la represión franquista* contando en clave antropológica su experiencia de inmersión como “infiltrado” en el Archivo General e Histórico de Defensa entre los años 2012 y 2015. En 134 páginas, nos introduce en un archivo que recién comienza a desvelarse, con sus secretos, sus restricciones, y, sobre todo, su pasado reciente que implica los procesos de destrucción de evidencia de los últimos años del franquismo y hasta bien avanzada la democracia.

Demonios de papel invita, en una primera parte, a un recorrido introductorio, que reflexiona sobre el verdadero acceso que tenemos a los archivos, y a descubrir en general datos aún delicados de nuestro pasado reciente. No menor desde el punto de vista antropológico es que el autor cuente en este diario, la “proeza” que significó tener acceso más allá de la sala de consulta, a un material aparentemente tan inocuo como la búsqueda de los juicios sumarísimos de la Guerra Civil Española. Su observación previa tanto en la sala de consulta como en los pasillos y en la cafetería del archivo sirvieron de base para crear un “plan maestro” que le permitió introducirse y traspasar los límites del celoso y desconfiado repositorio y comprender los propios lenguajes que existen al interior de este sistema. Un estudio de campo que, como el propio autor sostiene, no es exclusivo de lo que sucede estrictamente al interior de este archivo: “Una labor antropológica que no solo se ha desarrollado en este espacio que guarda los expedientes, pero que sí parte de aquí” (p. 17).

La investigación consta de una segunda parte titulada “Diarios desde el archivo”, que narra las vivencias a las que se ha enfrentado el investigador en este archivo militar. Sus reflexiones en torno a la propia existencia del repositorio y sus peculiaridades giran hasta la mirada exterior del archivo como un espacio en el que se establece un diálogo entre los profesionales y los legos que acuden a ellos con sus preguntas. El archivo se transforma en una puesta en escena, tomando así diferentes diatribas entre lo que ocurre en el escenario y tras las bambalinas.

Esta puesta en escena reflexionará también sobre los últimos procesos tras la llegada de documentos: actas, fotografías, pequeñas notas al margen de folios desvinculados, en cajas que se salvaron de un olvido obligado o directamente de las llamas. Para esto, el autor se remonta a unos no muy lejanos años donde la evidencia quema incómodamente en los despachos de las nuevas administraciones. Amnistía significa olvidar, con todas las evidencias que esto implica, y las transiciones políticas son momentos de intensos debates sobre qué hacer con los documentos, con los registros de ese pasado complejo: “en especial con los registros que constatan un pasado reciente y marcado por la violencia como los que caracterizan a aquellos

países en los que se acaba de poner fin a un régimen dictatorial” (p. 53). Esto hace de la posibilidad del acceso a los archivos un campo de minas político que, en muchos ámbitos, han provocado importantes crisis ante expectativas que a la postre serían difíciles de llevar a cabo – por ejemplo, en las últimas dictaduras en Latinoamérica –. En aquellos países que han sufrido regímenes dictatoriales, marcados por actos de violencia masiva, genocidio, torturas, violaciones extremas contra los derechos humanos, masacres y guerras, cada vez es axiomática la idea de que, para la construcción de un futuro democrático en los momentos de transición política hacia la democracia, es indispensable enfrentarse a los demonios del pasado. “Enfrentarlos es fundamental para atajar el dolor y el sufrimiento asociado a estos sucesos” (p. 54). Aquí cobra sentido la pancarta enarbolada hasta el día de hoy por esas latitudes, que reza: “Ni perdón ni olvido”.

El capítulo “Desde el interior del archivo” contiene un vértigo intermitente que compartirá el lector con el investigador, una introducción al corazón del archivo militar marcado por la propia transformación del autor al pasar de ser un investigador más en el archivo a un observador privilegiado. Para ello, tendrá que asumir labores mecánicas y propias de la intendencia del sistema, como el seleccionar las primeras entradas, el supervisar un escaneado perfecto de los documentos, o la más temeraria, el clasificar según los códigos archivísticos internacionales la categoría de un documento, foto o elemento del repositorio.

En los capítulos “En el umbral hacia lo sagrado”; “El reino de los muertos” o “El mundo de los vivos”, el autor plantea un recorrido por las texturas de los expedientes, que va desde su superficie hasta lo que hay en su interior. Es una aproximación hacia lo concreto donde se busca entender la dicotomía entre la atracción que este archivo suscita y el desgarró que su material produce. Lo sagrado quizá radique en la importancia de descubrir la historia viva del pasado reciente de nuestro país, una emoción que contrasta con el pudor de descubrirlo a través de documentos privados, cartas de despedida antes de las horas del paredón, o cartas personales, filiales o amorosas, que aportan otros datos para entender también la logística del mar y sus lógicas de castigo y absolución.

Por último, el autor cierra con una reflexión hacia su propia salida, en 2015, de un sistema aparentemente hermético, pero al que fue posible introducirse por sus intersticios más recónditos. Queda esa satisfacción del investigador de que cada una de las funciones que se le encomendó en tres años no fueron en vano por su legado de abrir caminos, como el miliciano que se arrastra sorteando campos minados y púas. Queda la satisfacción de abrir camino para nuevas investigaciones y para dar otra mirada a la burocracia archivística y a los custodios de un material que impetuosamente nos recuerda que el acceso a nuestro pasado debería ser público.

Carolina Espinoza Cartes
UNED

cespinoza@madridsur.uned.es